

# Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . . . 2'00 pts.  
Suscripción: España, un trimestre. 2'00  
Extranjero . . . . . 3'00

## PROBLEMAS ECONOMICOS

Los distintos problemas económicos que ha originado la guerra, encierran una gravedad extrema, digna de ser estudiada, merecedora de todas las atenciones que hechos de esta naturaleza requieren.

Si esperar de los gobiernos una solución satisfactoria fué siempre una ingenuidad, ahora es aún más ingenuo, cuando no denote ignorancia, aguardar nada de los poderes, siquiera ello fueran medidas más o menos acordes con las fases múltiples de la cuestión.

Incapaces fueron siempre los encargados del poder, de buscar soluciones rápidas, adecuadas, justas, a los grandes conflictos que se plantean de vez en vez, y cada día con más frecuencia, dentro de las naciones.

Dada esta incapacidad, y dada también la multiforme variedad del gran problema económico que la guerra ha suscitado, inútil es abrigar ninguna esperanza, aunque ella sea relativa, en la acción de los que se erigieron en árbitros, con la aquiescencia de una mayoría, para buscar soluciones.

Estéril será la acción que a ello vaya encaminada, admitiendo que sea verdad, que sea cierta la actitud de preocupación y de estudio por encontrar una fórmula que a todos deje, en cierto modo, satisfechos. Admitiendo también, y ya es mucho admitir, que el Gobierno español esté animado de los mejores deseos, esté dispuesto, pese a quien pese, y saltando por encima de determinados intereses, a encontrar una medida extrema, procurando que el hambre no tome mayores proporciones, el resultado final será nulo. El hambre no se remediará, continuará extendiéndose, agigantándose, como una amenaza que se cumple, después de haberle precedido un cortejo miserable de angustias y de miserias.

Observado así el problema, comprendiendo que ni aun siendo efectiva la acción del Gobierno tiene solución, ¿qué ocurrirá si por el contrario, y como ha de ocurrir, los gobernantes nada hacen?

He aquí la gravedad, la tremenda gravedad del conflicto.

Pueden los economistas burgueses publicar libros y más libros, estudios y más estudios. En balde será todo. Los frutos de sus meditaciones no aminorarán ni un ápice la miseria que se va apoderando de todas las clases productoras.

El problema de la tierra, el de la producción, el del consumo, todos los grandes problemas que ya de tiempo preocupan a los disertadores y profesionales de la economía nacional o internacional, han sido hasta ahora estudiados por ellos, muy superficialmente. Han supuesto estudiar el conjunto y apenas si han desarrollado, no siempre con acierto, simples aspectos, motivos fútiles, causas externas, sin ahondar, sin profundizar, sin entrar de lleno en el nervio, en la síntesis de la variedad y multiplicidad de los problemas.

Recientemente se ha dicho hasta la saciedad, por políticos y economistas, que el Gobierno habla de ir directamente contra los intereses del acaparador, si deseaba evitar el espectáculo deprimente del pueblo hambriento; que la única solución lógica, acertada, de resultados definitivos, era ésta; que el conflicto de la miseria nacional, ya que sólo se trataba de España, radicaba, tenía origen en la complacencia que se observaba para con los que se enriquecían escandalosamente, en tanto que las clases productoras se agotaban, se extenuaban; que si realmente se trataba de resolver el gran problema planteado, la medida reparadora había de buscarla así, procediendo a la incautación de lo acaparado con el humano fin de encarecerlo.

Como hemos dicho antes, plantear así la cuestión, es estudiar sólo un aspecto, superficial, transitorio.

En primer lugar, el Gobierno no hará esto, no puede hacerlo. Hay infinitas causas para que no lo haga. Porque sería negar su significación, lo que le justifica a los ojos de esos mismos economistas y políticos que así han hablado.

Preguntemos a un político, a un economista, ¿a quién representa el Gobierno? ¿para qué fué creado? ¿cuál fué su origen? ¿cuál es su historia? ¿qué papel ha representado en todos los tiempos?

Tendrá que convenir, olvidando todos los sofismas y todas las insinceridades, en que el Gobierno fué, es y será el representante, el sostenedor, el defensor del capital. El acaparador, ¿no es el capital? No puede, entonces, ir contra el capitalismo, ponerse frente a él, atacar sus intereses, una institución que se originó y existe para representarlo, para sostenerlo, para defenderlo...

Desechada esta premisa que tanto se ha traído y llevado de un año a esta parte, visto que el Gobierno no puede en forma alguna realizar esa incautación, de la que se ha hablado como si fuera una solución eficaz, preguntamos ahora:

Suponiendo que por un extraño, inesperado fenómeno, sin precedentes, y que dentro de las normas actuales sería absurdo, suponiendo que el Gobierno realizara la incautación de todos los productos, de todas las existencias que haya en el país, y que se exporten, ¿se habría evitado con ello el hambre, la miseria, la grave situación que la guerra ha creado en el orden económico?

Dejamos nosotros sin contestar esta pregunta. Aguardamos una respuesta categórica de los economistas que teorizan y exponen infinitas fórmulas con este motivo, a propósito de la incautación.

Por nuestra parte, tenemos el convencimiento, la convicción absoluta de la inutilidad, del fracaso, de la no eficacia del remedio. Hágase en buena hora, pero conste que de antemano sabemos que nada ha de solucionar, que nada ha de evitar, que el pueblo, las gentes que trabajan, los productores seguirán pasando miserias, les atormentará el hambre, sufrirán como siempre, el dolor agudo, lacerante, injusto de no satisfacer ninguna de sus necesidades. Y es que, el mal radica en otras causas más profundas, en otro orden más arraigado, en otras infinitas variaciones de la imperfecta, inhumana organización actual.

Más o menos acertadamente y cuidándose de no herir los intereses del capitalismo en grande, se ha llegado a una simulada incautación del trigo que hay en España.

Por las columnas de toda la prensa ha desfilado una estadística, no sabemos por quién ni con qué motivo hecha. Con el trigo que se sabe hay actualmente, el que viene o ha llegado de la Argentina y un cálculo aproximado de la próxima cosecha, se suman, si no andan equivocados, 4.000 toneladas más de lo necesario para el consumo de la nación durante el año actual. Es decir, sobran esas 4.000 toneladas. ¿Por qué, entonces, un kilo de pan vale el 40 ó el 50 por 100 más que un año antes de la guerra?

Los economistas burgueses deben contestar esta pregunta.

Admitamos después de este ejemplo, todas las reformas imaginables, hasta lo imposible; supongamos un momento que el gobierno español, que todos los gobiernos del mundo, tienen amplias facultades para obrar con independencia y que se disponen a poner coto al malestar incautándose de todo. Se repetirá el caso, se observará el mismo fenómeno. Existiendo los productos en abundancia, los consumidores pobres no podrán adquirirlos por su carestía inexplicable. Ahora es por la guerra; mañana será por otras causas; como lo fué ayer, como lo será siempre, en tanto continúan las cosas en igual estado que están.

Inútil será cuanto se haga, se teorice o se practique en este sentido.

Hace falta una transformación total del sistema económico; transformación que lo es también social, que lo es asimismo moral.

Los anarquistas-socialistas, con su programa que será modificado cada vez que las circunstancias lo impongan, con su hu-

mano programa comunista libertario, son los únicos llamados a resolver todos los problemas, entre esos el económico. Porque habrá desaparecido con su triunfo la propiedad privada; causa primordial de los males todos; porque todo será común y cada uno producirá y consumirá lo que pueda y necesite.

«Uno para todos y todos para uno». He ahí la única solución. Mientras no se llegue a esto, inútiles, fecundos serán todos los esfuerzos.

Sabedlo, los que en verdad buscáis el cese del malestar, la supresión de la miseria, el término de horrendo espectáculo del hambre.

## Fragmento

Hay siempre los extremos entre los cuales hay que agir; y a veces es difícil determinar cuál es en el punto de partida y cual en el punto de llegada. En moral, por ejemplo, tenemos que decidimos entre el egoísmo o el altruismo absoluto, y en política entre el gobierno mejor organizado que sea posible y el gobierno que dirija los menores actos de nuestra vida—o la ausencia de todo gobierno. Ambas cuestiones son todavía insolubles. Sin embargo, es permitido creer que el altruismo absoluto es más extremo y está más cerca de nuestro fin que el egoísmo absoluto, así como la anarquía es más extrema y está más cerca de la perfección de nuestra especie que el gobierno más minuciosamente, más irreflexivamente organizado tal como el que se podría, por ejemplo, imaginar en los últimos límites del socialismo integral. Es permitido creerlo, porque el altruismo absoluto y la anarquía, son las formas extremas que requieren el haber más perfecto. Y nuestras miradas deben dirigirse hacia el lado del hombre perfecto, pues debemos esperar que hacia ve lado se encamine la humanidad.

La experiencia afirma que se corre menor riesgo de equivocarse dirigiendo los ojos hacia adelante que dirigiéndolos hacia atrás, mirando lo que está demasiado arriba que lo que está demasiado abajo. Cuanto hemos obrado hasta ahora, ha sido anunciado y cierto modo llamado por aquellos a quienes se acusaba de mirar demasiado arriba. En la duda, es, pues, más juicioso decidirse por el extremo que supone la humanidad más perfecta, más noble y más generosa. Es esta la respuesta que ha podido darsela los que preguntaban si convenía acordarla los hombres a pesar de sus imperfecciones actuales una libertad tan completa como fuera posible.

Si, es deber de todos aquellos cuyos pensamientos preceden de la masa inconsciente, destruir todo lo que estorba la libertad de los hombres, como si todos los hombres mereciera ser libres, aunque se sepa que no lo merecerán sino mucho tiempo después de su liberación. El uso armonioso de la libertad no se adquiere sino por un largo abuso de sus beneficios. Solo se puede tenerla esperanza de descubrir el ideal mejor y no primero al ideal más lejano y más alto.

MAURICIO MAETERLINCK

## UNA REFLEXION

Hay una leyenda jueca de Selma Lagerlöf a la cual la amable escritora hace que brille con plena luz el interés de cierto aspecto de la vida humana que no todos los ojos se han detenido a mirar, quizá no por natural apatía, ni aún por causa de la polvareda que los vientos de la existencia anómala lanzan sin descanso sobre los hondos y atrayentes problemas del espíritu, sino más bien en razón de las desviaciones dolorosas y lamentables que el influjo de la egolatría hace subir a los ojos del alma. La escribió con ocasión del premio Nobel que en tiempos recientes le fué justamente asignado, y finge en ella que cuando se dirigió a Estocolmo con el fin de recibirlo, al igual que si la tierra hubiese desaparecido bajo el peso colosal de la máquina y los vagones, el tren, poseído de extraordinaria potencia, se lanzó en el espacio y vertiginosamente tomó rumbo hacia la admirable infinitud del cielo, en donde se detuvo para dejar a la soñadora peregrina en presencia de su anciano padre, allá aislado desde días, viejecito ca-

riñoso, viejecillo compasivo, al cual quería revelar con dulzura la hija el magno secreto de su triunfo. Pero antes de hacerlo así, a modo de preparación extraña, se le ocurrió pedirle consejo acerca de cómo pagar todas las deudas, las deudas casi infinitas, que durante su vida había contraído. ¿Con quién? Con él mismo, que de niña le inspiró, entre besos, la devoción del arte en los libros mejores que por entonces existieron, en las páginas candorosas de los grandes cuentistas de su tierra; con cuantos, ya por credulidad, miedo o neurótico delirio, infundieron vida a alguna conseja rara; con los que de algún modo le profesaron amor a la belleza; con los que le prestaron apoyo, la elogiaron, o al contrario, faltos de fe en el porvenir de la artista, la deprimieron; con el crítico que la consagró públicamente; con sus lectores: viejos, mujeres o niños; con todos los que en hora alguna de la vida le destinaron un pensamiento o un recuerdo... ¡con los pájaros, los árboles, las flores, los musgos, las piedras; con la Naturaleza entera, y con toda la Humanidad. A los que soñaron, a los que sintieron, a los que amaron... a todos les debía algo.

De ello hubo de hacerle mención con suave acento al confiado viejecito que en un principio creyó que sería fácil satisfacer el santo anhelo de su dulce hija, pero que luego, ante la desesperante enormidad del crédito, y seguramente confundido por anormales pesamientos, fué intranquilizándose, sintiéndose abatido, hasta que la congoja le extrajo lágrimas inmensamente piadosas, grandes, admirables, en tanto que se inclinaba víctima de pesadumbres su cabeza cana, y que dejaron de

percibir sus oídos las palabras finales de relato, llenas de la emoción del triunfo definitivo y de la amargura causada al noble anciano...

¿Quién no llora cuando llega a comprender que ha desfilado por el mundo sin poder medir la trascendencia de la obra multánime de los hombres, tan infecunda como de ordinario nos parece?

Es la hermosa verdad que se ha perdido entre la maraña de las cotidianas trivialidades, a la sombra de los coloreados parasoles del placer de Venus: lo nuestro es de todos! Somos, de cierto, los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapason: todos han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, a sí mismo se desprecia; quien no anhela lo futuro renuncia su derecho a la Vida. Y sólo existe, en cuanto al valor de la tarea individual, la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de la significación de su vida con respecto a la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia; la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre...

Pero vamos todos marchando entre tinieblas, y cuando creemos interpretar las grandezas del destino masculamos margaritas que fueron hechas para supremo deleite de labios más puros. El fuego sagrado de la solidaridad consciente no se ha encendido aún en los corazones...

OMAR DENGO

## Enseñanzas

Si no podemos evitar que los hombres se maten, debemos enseñarles por qué se matan. Si no podemos aportar un lenitivo al dolor material de los combatientes, podemos aportar una esperanza a los sobrevivientes. Si nuestra voluntad no puede borrar la mancha de sangre que la historia de nuestros días extiende sobre el planeta ni disipar las nebras que ensombrecen los cielos futuros. Así, pues, si la hermosa página del escritor «Gaziel» que reproducimos de «La Vanguardia», nos hunde espiritualmente en las horribles nebras de esta guerra haciéndonos ver como aun en la solidaridad de sus dolores y en sus heroicidades reina la injusticia, el siguiente viejo trabajo del camarada Mella nos enseñará el bajo valor que debemos asignar a estas heroicidades y con qué groseros materiales espirituales se forjan los entusiasmos bélicos de las multitudes sugestionadas por una prensa vil que pone particular empeño en ocultar a los ojos de los que matan y mueren las verdades que se desprenden de las críticas que del patriotismo y del militarismo nos ofrecen los fragmentos de escritos de pensadores tan esclarecidos como Spencer y Novicov. Y la verdad desnuda es esta: héroes muriendo oscuramente en holocausto de los intereses económicos de las clases poseedoras... Si no podemos evitar que los hombres se maten, debemos enseñarles por qué se matan. Aquí tienes, pues, hermanos, lector, un puñado de juicios procedentes de distintos campos espirituales, pero coincidentes en una aspiración de fraternidad humana. Lee y juzga:

## EN LAS CATAUMBAS DE ARGONA

Llegamos a la parte más avanzada de las cataumbas, donde viven sepultados los retenes de tropas que montan la guardia de la excavación. A ambos lados de la galería hay abiertas numerosas y profundas cavernas que sirven de alojamiento a las tropas. Estas guardias son grandes, bajas, pero muy anchas y hondas, capaces para albergar cada una a quince o veinte hombres. Por lo general suelen estar bajo el nivel de la galería, y para entrar en ellas es preciso descender una suerte de rampa o varios peldaños de madera. El aire de las cuevas es materialmente irrespirable. La miseria de tantos cuerpos reunidos; la suciedad inevitable; la humedad inextinguible de los muros, la bóveda y el suelo; los vahos de las literas, y el mismo olor cálido grasiento del rancho que los soldados comen, forman una atmósfera que no puede compararse a otra alguna, un verdadero hedor de establo humano. (La excesiva crudeza de esta expresión sólo puede medirse por su exactitud y por la infinita piedad que la dicta).

Una sola lamparilla eléctrica alumbraba la caverna. En torno de los muros fangosos y pegadas a ellos, en hileras superpuestas como en los camarotes de un viejo navío, están las literas de los soldados. Se componen de un jergón y una manta. En el resto del antro no hay más que una mesa puesta en el centro, varias mochilas y un reloj de bolsillo colgado de un clavo sobre el muro del fondo. Los soldados, a falta de sillas, están tendidos en sus literas. Todos callan y nos miran absortos. Sus ojos febriles fulguraban en la penumbra. En sus rostros demacrados, pálidos, hay grandes huecos sombríos. Las púas erizadas de sus barbas cifien y absorben el color cerúleo de la faz. Están sudando. Las gotas perlean en sus frentes rudas y a lo largo del cuello descarnado, rojizo. En un rincón de la cueva silba monótonamente la ráfaga del ventilador que trata, en vano, de renovar el aire. El tic-tac acelerado del reloj destaca en el silencio con un martilleo penetrante, insoportable.

Durante todo el día los soldados no oyen más que eso: el ventilador y el reloj. Sólo pueden salir de la cueva para usos urgentes, porque se lo mandan o para ir a montar la guardia exterior, en la trinchera avanzada que dista quince metros del ene-

migo. Esas guardias temibles duran seis, ocho y hasta diez horas. El soldado permanece sólo, de pie, hundido en la trinchera, bajo el sol, bajo la lluvia y en la frialdad de la noche. Los centinelas están escalonados, de veinte en veinte metros, sin verse mutuamente, sin poder hablarse ni hacer el más leve ruido. El ser humano más próximo a ellos es el centinela enemigo. Durante los cañoneros, los lanzamientos de bombas y *crapouillots* de trinchera, las explosiones de minas y los pequeños asaltos de reconocimiento, no pueden abandonar ni un instante su puesto.

Toda su acción se limita a revelar sus observaciones al puesto de vigía que les domina constantemente, por medio de signos convencionales. Cuando se les releva, los soldados vuelven a su caverna, para no salir hasta que de nuevo les toque el turno de guardia. El rancho se les sirve en sus mismas cuevas. Al regresar de la trinchera avanzada, al reunirse otra vez al pelotón en su guarida subterránea, casi todos los días falta alguno de los que salieron juntos pocas horas antes. Fué herido o murió en su puesto de guardia. Se le reemplaza por otro. Al cabo de un mes en la caverna no queda ninguno de sus antiguos moradores. Pero los que pasan a ocuparle siguen sujetos a la misma tortura. Sólo salen a respirar el aire libre para exponerse a una muerte casi fatal. En el interior de la caverna la ráfaga del ventilador sigue silbando, y el reloj colgado del muro—¡Dios sabe qué fué de su dueño!—continúa marcando la angustiosa lentitud de las horas.

Recorremos varias cuevas. son todas lo mismo y sus moradores iguales. Las víctimas del sacrificio patriótico aguardan la hora de morir, sumergidas en un mundo de miseria y silencio. Esta quietud suya es tan grave, tan reveladora, que los cabellos se erizan de espanto al sentirla. ¿Por qué callan tanto, Señor, esos pobres hombres? ¿Por qué nos miran fijamente, en silencio? Los antiguos mártires del ideal religioso exhalaban sus almas, en las horas supremas, con himnos y cánticos; sus ojos, desengañados del mundo, se volvían al cielo con el ansia y la convicción profunda de hallar en él una eternidad de paz. Pero los mártires del ideal patriótico, esos pobres soldados que sólo un milagro sería capaz de salvar, callan y miran con dolor horrible, entristecido.

El mártir religioso desea la muerte. Es-